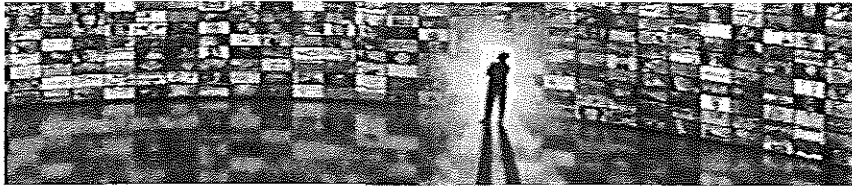


# a n á l i s i s t e m á t i c o



*Contribuciones y análisis que complementan y destacan lo expuesto anteriormente e iluminan algunos aspectos más novedosos de la obra del autor: el pensamiento de la sospecha, observaciones y límites de la sociología de la posmodernidad, la irreplicable potencia de las masas...*

## El pensamiento de la sospecha. Observaciones sobre los límites sociales y argumentativos de la sociología de la posmodernidad

JÓSEAN LARRIÓN CARTUJO

Es razonable pensar que el propósito mayor de la sociología consiste en consolidarse como el conocimiento más riguroso y acreditado acerca de los límites sociales donde deben comprenderse y explicarse los distintos fenómenos sociales contemporáneos. Así, la finalidad principal de estas observaciones radica tanto en realizar una alabanza matizada de la sociología de la modernidad como en explicitar una crítica igualmente templada de los límites sociales y argumentativos de la sociología de la posmodernidad. Sin embargo, no se trata aquí de redundar en el trillado debate genérico sobre la modernidad y la posmodernidad sino únicamente de ilustrar las condiciones de posibilidad para la hipotética normalización científica e intelectual de una relativamente emergente sociología posmoderna acerca de esa misma sociedad posmoderna.

### Posmodernidad

La ciudad de la ciencia cuenta con variados habitantes y habitáculos. En ella existen múltiples calles y plazas, caminos y parques, así como espacios abiertos todavía inexplorados y desconocidos. Pero la característica más especial de esta ciudad es que siempre se haya parcialmente inquieta y expectante ante los posibles procesos de apertura, movimiento y transformación. Así, aunque ciertas residencias parecen hoy firmemente edificadas y asentadas, éstas pueden agrietarse y venirse abajo rindiéndose tanto

a los martillos hambrientos de la crítica como al transcurrir más silencioso pero igualmente poderoso del tiempo y el olvido. Claro que también hay casas que, bien sea por un diseño global poco riguroso, por unos materiales de escasa calidad o por unos albañiles no muy diestros, nunca acaban de estar razonablemente bien construidas y estabilizadas. Con arreglo a esta metáfora, por tanto, en lo que sigue expongo brevemente los argumentos principales que indican que éste puede ser el caso de la morada donde puebla precariamente la sociología posmoderna propia de la posmodernidad.

Para empezar, aunque bajo el rótulo de lo posmoderno se sitúan multitud de autores, actitudes y propuestas no necesariamente afines, similares o compatibles entre sí, decir que el edificio más sólido donde habita la posición típico-ideal de la sociología posmoderna se alza sobre ciertos pilares, columnas y asideros metodológicos y filosóficos. De entre éstos, resalta la defensa de la sabiduría contenida en el mundo de lo aparente. La cual afirma que, en ocasiones, las cosas son lo que parecen ser. No obstante, lo aparente no sería sólo real. Bajo ciertas circunstancias, lo aparente podría ser incluso hiperreal. En estas ocasiones, la representación de lo real podría tornarse más real que la realidad inicial representada. Se demostraría así el peso de la imagen y la fuerza del simulacro.<sup>1</sup> En dichas situaciones, la imagen sobre lo real no sólo acompaña a lo real, sino que también lo altera, lo modifica e incluso lo niega y lo sustituye. Son casos de diagnósticos proféticos que se autocumplen o autoniegan en virtud de la reflexividad social desencadenada por su mera realización y difusión pública. Se entendería así el giro de parte de la sociología actual hacia el estudio del papel central desempeñado por el mundo de las representaciones. Una particular mirada sociológica que supone que no habría una realidad social en sí misma sino sólo maneras diferentes de concebirla e interpretarla. Por ello, no se buscaría aquí una ruptura epistemológica nítida con el saber intuitivo y espontáneo de los sujetos sociales, pues se entiende que el conocimiento de la vida cotidiana documentaría lo más profundo y fundamental. En coherencia, las aspiraciones cognitivas centrales de estas perspectivas no se orientarían hacia la obtención de un saber unitario, fuerte y diferenciado sino hacia la ilustración de la relevancia del conocimiento ordinario o de sentido común.<sup>2</sup> Por consiguiente, el objeto de estudio principal de dichas aproximaciones no estaría formado por los robustos hechos sociales sino por las múltiples y cambiantes interpretaciones subjetivas que recrean y movilizan los distintos sujetos sociales acerca de tales hechos.

La sabiduría contenida en las apariencias se mostraría en heterogéneos sucesos asociados a lo social, lo político, lo económico y lo cognitivo. Así, la actualidad nos facilita diferentes ejemplos que ilustran la importancia enorme que el mundo de las ilusiones tendría sobre el llamado mundo real. Qué decir si no sobre los motivos subjetivos que empujan con fuerza a muchas personas de los países más pobres a saltar las fronteras en busca de un futuro más digno y esperanzador. Se huye de la cruda realidad del dolor y la barbarie, pero se persigue la conquista de una ilusión, el logro de un sueño, la realización de un ideario previamente mentado e imaginado. De forma similar, la imagen cuidadosamente seleccionada, reformulada y difundida por los medios de comunicación de masas sobre la vida privada más o menos ejemplar de los políticos puede condicionar notablemente la obtención del deseado éxito electoral y la consiguiente entrada o permanencia en los gobiernos. En economía, basta que los expertos más influyentes hagan declaraciones públicas sobre los escenarios futuros que puede adoptar la bolsa de un país, para que se desencadenen procesos sociales reflexivos que pueden condicionar el acierto de tales pronósticos e incluso alterar la situación de los mercados previa a la emisión de dichos discursos.

1. Cfr. Jean Baudrillard (1998/1978), *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós.

2. Cfr. Michel Maffesoli (1993/1985), *El conocimiento ordinario*, México, FCE.

sos. En el campo del saber, si una teoría científica cuenta con el respaldo tácito de un conjunto de científicos muy relevantes, ésta fomentará la afloración de ciertas alianzas, inercias y compromisos personales e institucionales que dificultarán los posibles intentos futuros de crítica y refutación. Así, ésta podrá desplazar *a priori* las restantes propuestas cognitivas definiéndolas como banales opiniones parciales y subjetivas con escaso respaldo teórico y empírico. De modo que dicha teoría será parcialmente real cuando menos en virtud de la innegable realidad de sus posibles efectos y consecuencias. En todos estos casos, pues, bien se trate de las representaciones de la sociedad o de la naturaleza, las representaciones sociales de lo real podrían hacerse tan reales como la realidad inicial misma objeto de dichas representaciones.

La posmodernidad subraya igualmente los límites subjetivos del saber. Por ello, la precariedad y la falibilidad de los conocimientos no se traducen en un desafío a superar sino en una potencialidad a asumir y celebrar. Es la aceptación sin excepciones de que todos los argumentos serían inevitablemente idénticos en lo que atañe a su parcialidad, fragmentación y finitud. De hecho, la totalidad de los argumentos estarían plenamente condicionados y limitados por el tiempo y el espacio. Con lo cual, toda objetividad sería ante todo una objetividad socialmente situada y encarnada. Se concluye así que todos los saberes representarían sólo simples y profanas creencias y opiniones. Lo cual propicia la afloración de un pensamiento débil que resaltaría la potencialidad enorme de los pequeños relatos y de las interpretaciones forzosamente parciales y descentradas.<sup>3</sup> Así, se mostraría la ilegitimidad de fondo sobre la que reposaría la pretensión de una ruptura epistemológica fuerte con el conocimiento espontáneo o la ilusión de saber inmediato. El supuesto esencial afirma y subraya la existencia de múltiples juegos de lenguaje que dificultarían considerablemente la viabilidad de todo proyecto más o menos riguroso o ingenuo que participe de aspiraciones universales fundadas en el diálogo, la comunicación o la conmensurabilidad. Dicho metafóricamente, donde los autores modernos resaltan la unidad y la continuidad de los continentes cognitivos, los posmodernos subrayan la desvertebración y la discontinuidad de las islas y los archipiélagos. Según los posmodernos, pues, el resultado sería la consolidación de una sociedad global descentrada y fragmentada en multitud de grupos, redes, clanes y comunidades tribales donde se asumiría que puesto que nada vale por su universalidad y objetividad, todo vale por su localismo y subjetividad.<sup>4</sup>

Si el objeto de estudio central de la sociología posmoderna es la representación, el método de investigación más acorde con tales pretensiones es la escucha, la descripción y la empatía. La meta principal consiste en la edificación de una sociología comprensiva definida por una epistemología intuitiva o de sentido común. Se demandaría así el paso de una razón abstracta, distante, mecánica y parceladora a una razón más sensible, empática, orgánica y holista.<sup>5</sup> Es decir, el tránsito de una sociología del exterior dominada por la objetividad y lo cuantitativo, a una sociología del interior volcada en la subjetividad y lo cualitativo. De hecho, las supuestas fisuras de los paradigmas deterministas, realistas y explicativos habrían propiciado el fortalecimiento de estas otras corrientes de estudio de corte más interaccionista, nominalista y comprensivo. El presupuesto metodológico esencial afirma que la plenitud exuberante y voluptuosa de la vida social desbordaría todo intento ingenuo de simplificación, conceptualización, abstracción y explicación. Por ello, qué mejor recurso lingüístico para percibir, relatar y comunicar el mundo de la subjetividad que los espacios de comprensión infinitamente ricos, sugeren-

3. Cfr. Vattimo, G. y A. Rovatti (1990/1983) (Eds.), *El pensamiento débil*, Madrid, Cátedra.

4. Cfr. Michel Maffesoli (1990/1988), *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.

5. Cfr. Michel Maffesoli (1997/1996), *Elogio de la razón sensible*, Barcelona, Paidós.

tes y abiertos que posibilitan las metáforas, las imágenes y los símbolos. En consecuencia, se sostiene que la mejor vía de acceso a esta realidad social increíblemente compleja, dinámica, sensual y fluida sería el prometedor camino abierto por lo evocador, lo poético y la potencialidad creativa de lo artístico.

El tiempo por excelencia de la posmodernidad es el tiempo presente. Pero no se trata de un presente que viene de un pasado ni de un presente que aspira a un futuro. Es, por así decir, un perenne presente puro, una interminable contemporaneidad carente de memoria y de proyecto. Pues esta temporalidad se concentra en la fugacidad del instante eterno.<sup>6</sup> En dicha sociedad, el tiempo se define por la alucinación que provoca el eterno retorno y la perpetua reproducción del aquí y ahora. Ejemplos poderosos de esta temporalidad sideral son los asociados al mundo de la televisión, los vídeos musicales y los juegos informáticos. Pues éstos son espacios donde domina el culto exagerado al presente, la estimulación visual permanente, la intensidad del momento actual, la búsqueda de la gratificación inmediata, la seducción por una novedad convertida ya en rutina y la muy rentable por desmemoriada y acrílica fiebre por el consumo.

En lo normativo, la sociología de la posmodernidad se traduce esencialmente en la amortiguación y la disolución del peso más tedioso de lo real, pues implica la relajación y la suspensión generalizada de las tensiones principales que definen a las crudas realidades de la modernidad. Así, lo posmoderno asume trágicamente las consecuencias más negativas derivadas de una diferenciación creciente de los posibles sistemas de valores y de los respectivos criterios de legitimación social.<sup>7</sup> De hecho, la decepción frente a las promesas no cumplidas de la modernidad es tan grande que la única salida viable pasaría por un volcarse pleno en el individualismo, la privacidad, la intimidad y la ética del instante. Se comprende así el auge posmoderno del hedonismo, el narcisismo y los propósitos de autorrealización personal. Es el paso de una actitud vital dominada por la ilustración, el racionalismo, el orden y la eficiencia a una actitud más relajada, aligerada y presentista guiada por la sensualidad, el romanticismo, lo religioso y la búsqueda personal de lo lúdico, lo orgiástico y lo poético.<sup>8</sup> Unas tendencias sociales crecientes que, como señalaré más tarde, fomentan incluso sin pretenderlo un neoconservadurismo social, político y económico que legitima el orden establecido y la tiranía de lo existente. No obstante, lo posmoderno no expresaría sólo un estilo, una moda o una opción entre otras muchas sino que traduciría además la lógica cultural dominante del capitalismo tardío.<sup>9</sup> Por consiguiente, lo posmoderno representaría y respaldaría el triunfo de la sociedad del espectáculo, el imperio de lo efímero y la prácticamente todopoderosa sociedad capitalista de consumo.<sup>10</sup>

Precisaré después que lo propio del pensamiento de la modernidad es dudar de la realidad que nos viene dada o heredada. Así, la actitud moderna persigue conocer y desenmascarar la esencia de las cosas oculta tras el juego de las apariencias. En cambio, el saber de la posmodernidad procura disolver la misma dicotomía que enfrenta la apariencia a la esencia. Pues afirma que la realidad de la representación sería tan real como la realidad inicial representada. Por ello, lo posmoderno intenta diluir también la línea divisoria que distingue a lo ideológico de lo no ideológico. De hecho, sostiene que ningún conjunto de discursos y prácticas debe calificarse de ideológico, pues parece imposible imaginar que exista un conglomerado de enunciados y acciones alternativo que

6. Cfr. Michel Maffesoli (2001/2000), *El instante eterno*, Barcelona, Paidós.

7. Cfr. Josexto Beriain (2000), *La lucha de los dioses en la modernidad*, Barcelona, Anthropos.

8. Cfr. Daniel Bell (1996/1976), *Las contradicciones culturales del capitalismo tardío*, Madrid, Alianza.

9. Cfr. Fredric Jameson (1996/1991), *Teoría de la posmodernidad*, Madrid, Trotta.

10. Cfr. Gilles Lipovetsky (1998/1987), *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama.

esté libre por completo de tales componentes o condicionamientos. Con lo cual, se concluye que si todo es ideológico finalmente nada es ideológico. En este caldo de cultivo, por tanto, la posmodernidad proclama y festeja el mismo ocaso de las ideologías así como bromea e ironiza sobre la ingenuidad de los proyectos modernos que trabajarían para una deconstrucción ideológica de los saberes y las prácticas.

### Límites de la modernidad

No obstante, la posmodernidad se presenta en público antes por lo que no es que por lo que sí es. La referencia identitaria es antes negativa que positiva. Porque antes de saber lo que es o quiere ser, sabe lo que no es o no quiere ser. Se esfuerza pues por resaltar los principales caracteres perniciosos que definirían al proyecto de la modernidad. Los motivos esenciales expresarían una decepción enorme frente a las promesas no cumplidas del ideario de la modernidad. Pues la modernidad, publicitada como un medio infalible para la domesticación de la ambivalencia, la contingencia y la indeterminación, se presentaría en la práctica como una fuente inagotable de nuevos problemas e inconvenientes.<sup>11</sup> La posmodernidad se exhibe así como una hija rebelde de la modernidad. Claro que lo posmoderno no aludiría simplemente a lo contrario de lo moderno, sino más bien a su radical disolución, saturación y desbordamiento.<sup>12</sup>

La sabiduría contenida en lo aparente dice que, en ocasiones, las cosas son lo que simulan ser. De hecho, la apariencia sería tan real y generaría efectos tan reales como la propia realidad. Empero, la sociología posmoderna se define además por la denuncia de la ignorancia considerable de quien sólo persigue y ensalza lo oculto. Es decir, por la muestra de las supuestas debilidades teóricas y metodológicas generadas por priorizar una hermenéutica de la sospecha que busca retirar los velos que cubren la realidad frente a una hermenéutica de la escucha orientada en cambio a captar plenamente el relevante mundo de las ilusiones, los sentidos y los significados.<sup>13</sup> Pues las cosas no ocultarían necesariamente una verdad objetiva e intrínseca. Así, la realidad social aparente no escondería por fuerza una verdad pura y esencial. Igualmente, la inexistencia de una vía de acceso privilegiada a la realidad social haría que ésta se mostrara del todo impenetrable e incognoscible. Ello alimentaría el derrumbe de la esperanza ingenua por descodificar lo aparente para conocer la auténtica esencia de lo real. Supondría también el fin de las teorías filosóficas de la representación, la adecuación o la correspondencia entre el sujeto y el objeto del conocimiento.<sup>14</sup> Por ello, todo diagnóstico supuestamente acreditado fomentaría la realización de las preguntas deconstructivas sobre quiénes lo han difundido, qué intereses lo han provocado o quiénes saldrán finalmente más beneficiados o perjudicados. Se descubriría así la farsa del rígido dualismo esquemático entre la forma y el fondo. Pues al fondo de las cosas se le atribuiría el monopolio de la esencia y de la substancia inalterable del ser. Mientras, a la forma se le imputaría una pluralidad y un relativismo merecedores del desprecio y la intolerancia. Pero lo relevante de los hechos sociales no se encontraría en un fondo abstracto y objetivo sino sólo en lo que resultaría perceptible por medio de los sentidos subjetivos. Así, lo que no se advierte a través de los sentidos sería como si no existiese. Por consiguiente, la sociología

11. Cfr. Zygmunt Bauman (2005/1991), *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos.

12. Cfr. Gianni Vattimo (1997/1985), *El fin de la modernidad*, Barcelona, Gedisa.

13. Cfr. Henry Stuart Hughes (1972/1958), *Conciencia y sociedad*, Madrid, Aguilar; Ricoeur, Paul (1999/1965), *Freud. Una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI.

14. Cfr. Richard Rorty (1989/1979), *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.

posmoderna permanece aferrada a ese mundo de lo aparente, lo significativo y lo fenomenal cuya característica esencial sería estar en un devenir dinámico, fugaz y perpetuo.

Sobre esta sospecha frente al propio pensamiento de la sospecha, se denuncian por ejemplo las hipotéticas deficiencias de marcos interpretativos como el positivismo, el marxismo y el freudismo. Posibles límites que se evidenciarían en la actitud del intelectual racionalista que siempre procura descodificar y descubrir una verdad oculta por detrás de unas apariencias en gran parte engañosas y falsas. Los dardos apuntan hacia la supuesta paranoia totalitaria de un racionalismo que buscaría siempre una explicación profunda y última acerca de los diversos fenómenos sociales, bien aluda ésta a los genes, el inconsciente, la lucha de clases o la mano invisible del mercado. En consecuencia, se constata que el positivismo, el marxismo y el freudismo serían unas propuestas teóricas totalizadoras en gran medida inservibles para dar cuenta de la pluralidad, el mestizaje y el profundo relativismo cognitivo y valorativo propios de la posmodernidad.

La condición posmoderna se fundamenta cognitivamente en el cuestionamiento de la credibilidad plena que demandarían los distintos metarrelatos o metadiscursos.<sup>15</sup> Supone pues el derrumbe de la confianza ciega en el poder de la terapia psicoanalítica, la verdad revolucionaria o la ley de la oferta y la demanda. El error de la modernidad consistiría así en perseguir un saber excesivamente diferenciado, estamental y aristocrático. El sentido común sería aquí parcialmente tenido en cuenta, como indicaré, pero sólo en la medida en que debería ser radicalmente cuestionado, superado y abandonado. Sin embargo, los autores posmodernos responden que ni sentido común se referiría necesariamente a la mala conciencia, ni el conocimiento ordinario aludiría siempre a la opinión imperfecta, ni el pensamiento del pueblo se correspondería por fuerza con el pensamiento enajenado.<sup>16</sup> Por ello, resultaría inadecuado sostener que, mientras unos analistas privilegiados descifran y desenmascaran el fondo esencial y estable de los fenómenos, los demás actores sociales son víctimas del engaño y la falsedad que emiten las heterogéneas, fugaces y perecederas formas de aparecerse de lo real.

En un plano metodológico, lo posmoderno notificaría la muerte del supuesto poder de mediación del lenguaje. La sociología moderna buscaría erróneamente explicar el mundo social. Por este motivo, privilegiaría el recurso a la conceptualización y la abstracción. Pero lo abstracto y lo conceptual implicarían por necesidad un desprecio profundo hacia el acontecimiento. Es decir, una infravaloración notable de la dimensión más concreta, palpable y fugaz de la vida en cuanto tal, pues al formalizar y categorizar la vida nos arriesgaríamos a traducir sólo su ruido y su sombra. Los conceptos perseguirían definiciones perdurables, rígidas, frías y estáticas. Se buscaría así definir, allanar y delimitar la realidad, trazar límites sobre el cuerpo vivo de los fenómenos. Sin embargo, los autores posmodernos afirman que para comprender el mundo no sería realmente necesario delimitar ni excluir nada. La lógica de la dominación sería desplazada así por la lógica de la comprensión. De hecho, la sociología moderna sufriría también la peligrosa tentación de emular a las ciencias naturales. Pero la sociología no sería, ni podría ser, una disciplina auténticamente científica. Por esta causa, la mirada del sociólogo no debería reproducir el dualismo esquemático entre la forma y el fondo, es decir, entre los acontecimientos múltiples y dinámicos y las esencias puras e inmutables. En consecuencia, la posmodernidad condenaría los supuestos vicios de un paradigma vertical y jerárquico que metafóricamente subyace por ejemplo al suceso del descubrimiento de América, así como alabaría las aparentes virtudes de un paradigma horizontal y comunitario alternativo que propicia no el descubrimiento sino más bien el encuentro con América.

15. Cfr. Jean-François Lyotard (2000/1979), *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra.

16. Cfr. Michel Maffesoli (1993/1985), *El conocimiento ordinario*, México, FCE.

La posmodernidad desconfía también de los relatos que presuponen la continuidad histórica. De hecho, la posmodernidad no supondría un nuevo estadio histórico sino que aludiría a una época donde los supuestos de la continuidad y la linealidad histórica serían completamente disueltos y desterrados. Por ello, lo posmoderno se distancia de la arriesgada apuesta moderna por el tiempo futuro. Un tiempo volcado hacia delante cuya característica esencial sería bloquear el disfrute pleno del tiempo presente, pues este tiempo futuro siempre sería un tiempo en exceso lejano, incierto, vacío e irreal. De hecho, la historia no seguiría la lógica de ningún proceso unitario y acumulativo de creciente liberación o emancipación. Así, lo posmoderno reconoce que el único tiempo que merece la pena ser vivido y gozado sería el tiempo presente. Con lo cual, el único sacrificio realmente justificado sería el que persigue la vivencia trágica en un instante eterno y la permanencia perpetua en un presente intensamente lúdico, poético, orgiástico y dionisíaco. Por consiguiente, la posición más neoconservadora de la posmodernidad anuncia y celebra las buenas noticias que supondrían el fin de la historia y la llegada del último hombre.<sup>17</sup>

En lo normativo, la posmodernidad sostiene que el ideario de la modernidad habría concluido, se habría saturado y representaría poco menos que una causa perdida. El problema esencial es que lo moderno contendría tanto un lado luminoso y esperanzador como otro lado oscuro, perverso y terrible. Es la constatación trágica de que la puesta en práctica del ideario de la modernidad acarrearía por necesidad también fuertes componentes de riesgo, ambivalencia e incertidumbre.<sup>18</sup> Un buen ejemplo es el saber científico, que si bien es presentado habitualmente como un remedio todopoderoso para combatir el dolor y la muerte, en la realidad sería movilizado también a favor del incremento del sufrimiento y la dominación social. Otro ejemplo claro se encuentra en la historia, pues la aterradora experiencia europea del Holocausto ya no debería entenderse como un suceso singular y puntual sino como una consecuencia perversa generada por una sociedad en supuesto pleno proceso de racionalización, civilización y modernización.<sup>19</sup> Así, la modernización no debería definirse como un proceso infalible de creciente civilización, pacificación y moralización de las relaciones sociales, pues varios de los más heroicos proyectos modernos de libertad y emancipación habrían derivado en la práctica en sangre, totalitarismo y barbarie. Lo posmoderno predica así la obsolescencia y la disolución de los grandes ideales del sujeto comprometido y la acción política. Anuncia también el resquebrajamiento de la fe incondicional en la infalibilidad de las utopías de salvación propias del marxismo, el liberalismo y la democracia. Por ello, resulta adecuada en parte la imagen de una modernidad líquida que subraya la inexistencia de pautas de comportamiento inequívocamente sólidas, seguras o perfectas.<sup>20</sup> En lo político, de hecho, dichas desilusiones fomentarían y consolidarían fuertes componentes de inmovilismo y resignación. La sociedad estaría ya muy cansada y defraudada, por ello desconfiaría del viaje colectivo y racional y se conformaría con la hazaña personal y poética.

La sociología de la modernidad patinaría, pues, cuando pretende dar cuenta de los fenómenos sociales escarbando en busca de la esencialidad propia de los orígenes, las causas o las funciones. Uno de los desaciertos epistemológicos mayores consistiría en presuponer que tras todo suceso social concreto se haya enmascarado un significado claro y unívoco o una voluntad perfectamente sólida y estratégica. Pero la supuesta carencia de rigor continuaría cuando el método del sociólogo es considerado como la

17. Cfr. Francis Fukuyama (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, México, Planeta.

18. Cfr. Ulrich Beck (1998/1986), *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós.

19. Cfr. Zygmunt Bauman (1998/1989), *Modernidad y holocausto*, Toledo, Sequitur.

20. Cfr. Zygmunt Bauman (2005/2000), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE.

única vía de acceso para la descodificación racional y objetiva de las intenciones y los propósitos de los distintos actores sociales. De hecho, la propia sociología no produciría un saber epistemológicamente privilegiado sino un saber igualmente falible, precario, fragmentario y condicionado. Según denuncian ciertos analistas posmodernos, por tanto, la sociología moderna se habría convertido así en la ideología por excelencia propia de las sociedades occidentales contemporáneas.<sup>21</sup>

## Modernidad

Lo posmoderno bromea e ironiza sobre las supuestas fisuras teóricas y prácticas del proyecto de la modernidad. Sin embargo, los analistas modernos responden que la fiesta del crepúsculo de la modernidad se nutre en exceso de una imagen muy distorsionada, estereotipada y caricaturizada de los caracteres esenciales del ideario de la modernidad. Así, parece que lo posmoderno no habría pensado ni vivido de un modo suficientemente serio e intenso los propósitos originales del proyecto de la modernidad. Para estos autores, pues, la modernidad no consiste en un ingenuo estado perfecto y definitivo que conquistar e imponer a los demás a toda costa sino que representa la apuesta decidida por el logro razonable de unas metas y unas aspiraciones colectivamente imaginadas, consensuadas y comandadas.<sup>22</sup>

Señalé antes que la postura sociológica posmoderna afirma que, en ocasiones, las cosas son lo que aparentan ser. No obstante, la sociología de la modernidad precisa que, en otras ocasiones, las cosas no son lo que simulan ser. Lo cual no implica infravalorar el peso de la apariencia sino asumir que la realidad incluye a la cosa como es y a la cosa como se aparece, muestra y transforma en sociedad.<sup>23</sup> Así, tanto lo verdadero como lo falso participan de lo real. La desconfianza de los autores modernos se fundamenta pues en que, en ocasiones, la realidad se presenta de forma falsa o engañosa. En estos casos, lo real se haya oculto o enmascarado por detrás de lo aparente. Se justifica así el imperativo moderno de cuestionar, profundizar y escharbar para descubrir la cruda realidad por detrás del encanto fugaz de los múltiples fenómenos. Por ende, el proyecto cognitivo y normativo de la modernidad consiste en descodificar lo aparente para primero conocer y luego transformar lo real. La modernidad se define pues por la consolidación del pensamiento de la sospecha. Se institucionaliza así el principio de la puesta en cuestión de todo lo dado y heredado. Por ello, mientras la posmodernidad problematiza esencialmente la existencia de la propia realidad, la modernidad orienta sus esfuerzos principales hacia la mejora constante del filo de sus siempre provisionales representaciones.

De ahí que el pensamiento de la sospecha implique el desencantamiento y la desmitificación del mundo.<sup>24</sup> Con él, se propicia la pérdida de un respeto dogmático y acrítico hacia el mundo de las tradiciones, los genios y los dioses. Es la consolidación de los principios de desconfianza y vigilancia ante todo lo que se exhibe como evidente, natural, sagrado o dado por supuesto.<sup>25</sup> Un buen ejemplo de esta actitud es el cuestionamiento revolucionario de la legitimidad de fondo sobre la que descansa o descansaba el sistema estamental del antiguo régimen. Otro ejemplo claro es la perspectiva nietzscheana, que

21. Cfr. Michel Maffesoli (1993/1985), *El conocimiento ordinario*, México, FCE.

22. Cfr. Jürgen Habermas (1992/1981), *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus.

23. Cfr. Emilio Lamo de Espinosa (1990), *La sociedad reflexiva*, Madrid, CIS.

24. Cfr. M. Horkheimer y Th. W. Adorno (1997/1947), *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta.

25. Cfr. Gaston Bachelard (1973/1940), *La filosofía del no*, Buenos Aires, Amorrortu; P. Bourdieu, J.-C. Chamboderon y J.-C. Passeron (2001/1973), *El oficio de sociólogo*, Madrid, Siglo XXI.

preguntándose sobre las relaciones entre saber y poder, hace transparentes los oscuros y soterrados cimientos mismos del conocimiento, el valor y la moral. Lo mismo se desprende del marxismo, pues percibe la superestructura ideológica, política, jurídica y espiritual de una sociedad principalmente como el resultado o el reflejo de las condiciones infraestructurales de la existencia material y la producción económica. O también del psicoanálisis freudiano, que duda de las formas de aparecerse del consciente por entenderlas como manifestaciones en parte variables y engañosas provenientes de la estabilidad y la autenticidad del inconsciente. La apuesta moderna por el principio cognitivo de la sospecha es tan poderosa y decidida que, como bien muestra la sociología del conocimiento científico, lo más ilustrado, racional y científico consiste precisamente en desenmascarar también la lógica interna subyacente al propio campo científico.<sup>26</sup>

El saber de la modernidad rinde así culto a la dominación, pues su voluntad de verdad aspira a representar y controlar progresivamente tanto el mundo de las cosas naturales como el mundo de los hechos sociales.<sup>27</sup> Ejercicio de dominación que requiere de un conocimiento razonablemente riguroso, estable y universal. En este contexto deberían ubicarse los metadiscursos sobre la lógica del inconsciente en Freud, la dialéctica del espíritu en Hegel y la lucha de clases en Marx. Pues aquí se persigue siempre un saber que participe de lo serio, lo seguro, lo perdurable y lo extrapolable. Un pensamiento valiente y fuerte que presupone la distinción y la gradación del poder cognitivo de las representaciones. Porque es cierto que la realidad social nunca será conocida de un modo absoluto, total o perfecto, pero esto no significa que nada de lo social pueda conocerse, que nada de lo social pueda decirse con cierto rigor o que ninguna porción de la opacidad social pueda ser razonablemente descodificada y desvelada. De hecho, si nada de lo social pudiera ser descubierto o desenmascarado, me pregunto sobre qué pilar filosófico se apoya entonces el derecho a existir de la investigación social. Pues, para qué fin se requieren las mismas ciencias sociales en un mundo donde el sentido común no es problematizado y donde los hechos sociales son tomados sólo por lo que simulan ser. Así, es precisamente esta voluntad de verdad lo que posibilita el necesario ejercicio de la duda y la crítica. Una búsqueda y defensa de la verdad que, en oposición por ejemplo a la epistemología por revelación propia de lo premoderno o lo tradicional, se convierte así en requisito ético esencial para la denuncia de la falsedad, la mentira, la injusticia y el horror.

Coherentemente, la sociología moderna privilegia el método de la explicación. El cual requiere de la conceptualización y la abstracción. Su mirada hacia lo social se detiene también en la fugacidad del acontecimiento, pero sólo en la medida en que de él pueda extraerse un saber razonablemente general, seguro y extrapolable. Su metodología esencial reposa pues sobre las teorías de la representación, la adecuación o la correspondencia entre el sujeto y el objeto. Las cuales, a su vez, presuponen por necesidad la existencia de una realidad exterior y objetiva, un emisor o autor, un mensaje o significado y un receptor o lector. Pues sólo desde tales presupuestos puede entenderse la fe en el poder de mediación del lenguaje, la creencia en la efectividad de la comunicación humana y la apuesta por el pensamiento, la inteligencia, la argumentación y la crítica.

El rostro curtido de la modernidad mira siempre hacia delante, hacia el mañana, hacia el tiempo futuro. Busca imaginar, preparar y programar lo porvenir. Es obvio que el horizonte utópico nunca será plenamente alcanzado ni conquistado. Pero, como las estrellas para el marinero perdido mar adentro en la noche, éste hace las veces de compañía, motivación, guía y consejero. La meta esencial es el progreso, es decir, la evolución en positivo hacia un mañana colectivamente soñado y gestionado. La sociedad

26. Cfr. Pierre Bourdieu (2003/2001), *El oficio de científico*, Barcelona, Anagrama.

27. Cfr. Bruno Latour (1993/1991), *Nunca hemos sido modernos*, Madrid, Debate.

moderna reconoce así que, para bien o para mal, depende sólo de sí misma. Despierta de un largo letargo de infantilidad o adolescencia para descubrir que inevitablemente ella es la artífice en exclusiva de su propio destino. Progreso hacia el futuro que no requiere de la superación total del tiempo pasado pero que sí presupone un distanciamiento considerable respecto a lo que éste es y representa. Por ello, precisamente, sólo con la modernidad tiene inicio realmente el cambio y la historia.

El proyecto imaginado de la modernidad se encarna en multitud de formas, contenidos y manifestaciones. Así, nunca se presencia la encarnación perfecta de un ideal de modernidad único y soberano sino más bien el despliegue histórico y social de unas modernidades inacabadas, mestizas, múltiples y polimorfas. Pero sus distintos proyectos particulares afirman antes que nada la poderosa idea de proyecto, pues dicha idea nuclear es lo que motiva que lo humano persiga siempre transformarse, mejorarse y superarse. Es la pretensión de emanciparse de los yugos que en ocasiones suponen y demandan las tradiciones y los dogmas. Una mirada desconfiada hacia lo heredado que, por supuesto, no anula por completo la posibilidad de caer en el error o la equivocación, sino que implica únicamente la institucionalización del derecho y la obligación de tener que dudar, reflexionar, arriesgarse y elegir. En este sentido, por ejemplo, frente al sistema estamental del antiguo régimen, el grito de la revolución francesa asume la pretensión de ser libres, iguales y fraternos. Paralelamente, la utopía marxista aspira a la justicia social, el horizonte liberal sueña con la libertad del individuo y la esperanza democrática imagina una sociedad definida por la transparencia, el diálogo y el consenso.

De ahí que lo propio de la modernidad consista tanto en la crítica de lo ideológico como en la apuesta por lo utópico. Así, el pensamiento de la sospecha empuja a la sociedad a desconfiar y dudar del mundo que le es dado o heredado. La finalidad esencial radica en descodificar las apariencias para primero conocer y luego transformar lo que de más injusto y opresivo pueda contenerse en las realidades sociales del presente. Igualmente, si bien son frecuentes los usos falaces y fraudulentos de conceptos poco menos que irrenunciables como desarrollo o progreso, lo moderno se define en rigor por un caminar incansable hacia la realización de un mañana más digno y esperanzador. De este modo, como en el caso de la crítica de las ideologías del clero y la nobleza propias de lo premoderno o lo tradicional, parece obvio que sólo mediante la denuncia de las ideologías que legitiman la cruda y aterradora realidad del presente puede propiciarse la lucha por un horizonte utópico que participe de ciertos referentes simbólicos vinculados a la libertad, la educación, la justicia o el progreso.

### Límites de la posmodernidad

Según apuntan diversos autores, pues, no vivimos en unas sociedades propiamente posmodernas sino más bien en unas sociedades tardomodernas o hipermodernas donde las características y los efectos de una modernidad inicial se están radicalizando, consolidando y globalizando.<sup>28</sup> Por supuesto, la modernidad nunca domesticará por completo los problemas del riesgo, la ambivalencia y la incertidumbre. Empero, considero que lo más importante radica en que ni la premodernidad, ni la posmodernidad, ni la antimodernidad presentan unos marcos cognitivos y unos proyectos normativos alternativos suficientemente serios, rigurosos y esperanzadores.<sup>29</sup>

28. Cfr. Anthony Giddens (1997/1990), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

29. Cfr. Emilio Lamo de Espinosa (2001), «La sociología del siglo XX», en *REIS*, 96, pp. 21-49.

La posición sociológica posmoderna acierta en que, en ocasiones, las cosas son lo que parecen. Sin embargo, desacierta cuando no asume plenamente que, en otros casos, las cosas no son como aparentan ser. Se descuida aquí que lo real no se agota en lo aparente. Es decir, que la realidad de lo que en ocasiones está oculto no resulta menos real por el hecho mismo de estar encubierto tras el juego de las apariencias. En estas ocasiones, lo aparente no concuerda con esa otra realidad que se halla enmascarada. Entonces, se explicita el derecho a existir de la dicotomía que enfrenta la forma con el fondo, la sombra con la luz y el encanto del simulacro con la crudeza de la realidad.

Lo posmoderno mira con buenos ojos el mundo blando, pulido, suave y superficial de las apariencias. Así, como bien dice cierto poeta y ensayista, la posmodernidad es la época por excelencia de la amortiguación y la degradación de lo real, pues es el periodo histórico de su más preocupante banalización y frivolidad.<sup>30</sup> Por ello, los fenómenos reales que más incomodan a la posmodernidad son los asociados al dolor y el sufrimiento. Se comprende así que la tortura, la sangre y la muerte presentan un exceso de áspera, desnuda y cruda realidad que la posmodernidad es prácticamente incapaz de distinguir, asumir y gestionar. De hecho, lo crudo es siempre para lo posmoderno de muy difícil digestión y administración. Pues lo que fomenta y justifica la brutal superabundancia de realidad contenida en el poder, la desigualdad y la dominación es la denuncia de la notable falta de compromiso y responsabilidad de ciertos discursos y actos ligados a la posmodernidad. Porque, de hecho, si no participamos de la esperanza esencial en lograr un saber razonablemente objetivo y una justicia con miras a un horizonte de universalidad, me pregunto cómo colectivamente podremos describir, criticar y enfrentarnos a la injusticia, el fraude, la esclavitud y la tiranía.

La sociología de la modernidad es muy consciente del problema del relativismo epistemológico, pero se esfuerza siempre por combatirlo, gestionarlo y superarlo. Pues lo moderno se percató de la inviabilidad extrema de la asunción de un profundo escepticismo tanto cognitivo como valorativo. Así, lo posmoderno se retrata cuando proclama la muerte de la razón para después solicitar paradójicamente que se reconozcan públicamente las razones que evidenciarían dicha defunción. Por ello, la modernidad explicita los componentes de exageración, incoherencia e irresponsabilidad de muchos de los discursos posmodernos. Porque, si lo posmoderno desprecia, elude y elimina toda pretensión de saber objetivo y de justicia universal, lo moderno busca siempre posibilitar la crítica de la falsedad, el horror y lo monstruoso.

En lo metodológico, la sociología moderna reserva también un buen lugar para el uso de la metáfora, la descripción y la comprensión. Sin embargo, entiende que estas herramientas heurísticas se quedan científicamente cojas si no van acompañadas convenientemente del brazo de la conceptualización, la abstracción y la explicación. En consecuencia, se concluye que si la mirada sociológica no cuenta entre sus aspiraciones principales con el ejercicio de la explicación, prácticamente se venda los ojos ante el conocimiento de las causas, las funciones o la lógica interna de fenómenos sociales tan relevantes como el mercado, la burocracia, la inmigración o la globalización.

Con anterioridad sostuve que la posmodernidad notifica y ovaciona el ocaso del tiempo y de la historia. La fiesta del instante eterno deriva así en una actitud claramente atemporal y posthistórica. Sin embargo, tanto el sentido común como el saber sociológico más atento y afinado afirman que todo pensamiento humano está inevitablemente posibilitado y condicionado por el peso de lo histórico, lo social y lo cultural. Por ello, porque la posmodernidad no puede navegar fuera del mar del tiempo y el espacio, lo

30. Cfr. Felipe Núñez (2001), «Postmodernos y antimodernos. La vana opción entre ladrones y asesinos», Universidad Pompeu i Fabra, Cátedra en Cultura Latinoamericana de la UNESCO.

razonable es pensar que ésta será superada por esa misma historia sobre la que pretende anunciar su ocaso y defunción. La rotunda pero excesivamente arriesgada declaración posmoderna sobre el fin de la historia y la llegada del último hombre, pues, no debería entenderse como un diagnóstico muy fiel y realista sino como una moda pasajera que apunta a convertirse en futura antigualla.

Así, para los autores modernos, el discurso de la posmodernidad es un discurso carente de futuro.<sup>31</sup> Pues con el presentismo posmoderno se forja uno de los argumentos más sólidos para el amparo de la mansedumbre, la relajación y la resignación. Con él, se fomenta una actitud política cómplice e inmovilista ante el orden establecido. De su mano, por tanto, se anula el derecho a existir de la crítica y de la voluntad de transformación. De hecho, sabemos ya que el pensamiento posmoderno se siente demasiado débil para emitir diagnósticos realistas o valoraciones contundentes. Por ello, renuncia a juzgar, a decir que mientras unas cosas están bien otras muchas merecen ser condenadas con enorme rotundidad. Empero, me pregunto cómo dificultar así el triunfo de ese conformismo creciente del que se sigue alimentando una cruel, brutal y despiadada sociedad capitalista de consumo. De forma que la ética moderna quizá no debería anular por completo a la estética posmoderna, pero sí deberíamos distinguir y preferir a la primera sobre la segunda. Es cierto que el proyecto de la modernidad genera múltiples riesgos, ambivalencias e incertidumbres, pero lo más lúcido y responsable no consiste en festejar la tragedia de la cultura sino en procurar superar las dificultades y aprender de los errores cometidos. En términos culturales, por tanto, lo más cuerdo y necesario no radica en recrearse en la diferencia sino en descubrir la unidad en el seno de la diferencia y el multiculturalismo. Por esta misma razón, la modernidad demanda que siempre triunfe el proyecto del llegar a ser frente al no proyecto del mero ser.<sup>32</sup> Superación de la fiesta del apocalipsis y de la orgía de la destrucción que, por tanto, requiere asirse con mayor fuerza y precisión a las intenciones originarias del proyecto de la modernidad.

La sociología posmoderna representa pues una clara manifestación ideológica. Se trata de la no siempre reconocida ideología del fin de las ideologías. Es el caso de una ideología neoconservadora propia sobre todo de los grupos sociales dominantes que radica en encubrir las heridas sangrantes de lo existente y en legitimar la reproducción de la realidad más cruda del presente.<sup>33</sup> Así, si bien el discurso posmoderno no debería confundirse con el discurso neoliberal, sí que existiría una afinidad electiva muy robusta entre sendos discursos. De hecho, la posmodernidad representa un movimiento que parece intelectualmente muy crítico y opositor pero que es en realidad política y económicamente cómplice e irresponsable.<sup>34</sup> Lo es porque, quiéralo o no, lo posmoderno descree casi por principio de todo intento serio de fundamentar, organizar y mantener los necesarios espacios de crítica, resistencia y contestación.

Para concluir estas observaciones, recordaré que es habitual que muchos sociólogos se reprochen mutuamente realizar una deficiente y lamentable sociología de corte ideológico. Lo curioso es que esta acusación sólo la deberían realizar quienes se conciben como modernos, pues sólo ellos creen en la dicotomía que enfrenta lo mejor a lo peor, lo saludable a lo mórbido y la realidad al simulacro. La sorpresa es que quienes han desterrado las ideas de razón y verdad denuncian que la sociología moderna se ha convertido en pernicioso ideología. Sin embargo, si lo que estos autores posmodernos hacen no es sociología sino literatura, me pregunto por qué motivo que no sea la burla o

31. Cfr. Niklas Luhmann (1998), *Observaciones de la modernidad*, Barcelona, Paidós.

32. Cfr. David Harvey (1998/1990), *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

33. Cfr. José María Mardones (1991), *Postmodernidad y neoconservadurismo*, Estella, EVD.

34. Cfr. Terry Eagleton (1997/1996), *Las ilusiones del posmodernismo*, Barcelona, Paidós.

el cinismo publican escritos en muchas revistas científicas u ocupan ciertas cátedras universitarias. No obstante, si lo que ellos hacen sí es sociología, deberían aclarar qué entienden por conocimiento ideológico y cómo sólo ellos se las arreglan en términos metodológicos y filosóficos para escapar a sus severos condicionamientos. En consecuencia, considero que a determinada forma de estudiar lo social se le puede reprochar la posible presencia de ciertas debilidades en el rigor teórico o empírico. Pero no a aquella posición que, para bien y para mal, se distancia de las ideas cognitivamente fundacionales y orientadoras de la razón y la crítica. Porque, precisamente, la renuncia a los referentes simbólicos de la racionalidad y la objetividad, para gran parte de los autores posmodernos expresa un movimiento cognitivo muy positivo y liberador del que sentirse plenamente felices y orgullosos, mientras que para muchos de los autores modernos traduce un giro intelectual excesivamente lúdico, conformista y amortiguador que los humanos más descontentos con la cruda realidad social del presente no deberían permitirse el lujo de asumir, elogiar y festejar.

## Bibliografía

- BACHELARD, Gaston (1973/1940), *La filosofía del no*, Buenos Aires, Amorrortu.  
 BAUDRILLARD, Jean (1998/1978), *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós.  
 BAUMAN, Zygmunt (1998/1989), *Modernidad y Holocausto*, Toledo, Sequitur.  
 — (2001/1997), *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal.  
 — (2005/1991), *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos.  
 — (2005/2000), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE.  
 BECK, Ulrich (1998/1986), *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós.  
 BELTRÁN VILLALBA, Miguel (1991), *La realidad social*, Madrid, Tecnos.  
 BELL, Daniel (1976/1973), *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, Alianza.  
 — (1996/1976), *Las contradicciones culturales del capitalismo tardío*, Madrid, Alianza.  
 BENJAMIN, Walter (1987/1972), *Discursos interrumpidos*, Madrid, Taurus.  
 BERLAIN, Josep (1996) (Ed.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.  
 — (2000), *La lucha de los dioses en la modernidad*, Barcelona, Anthropos.  
 BOURDIEU, P., CHAMBODERON, J.-C. y PASSERON, J.-C. (2001/1973), *El oficio de sociólogo*, Madrid, Siglo XXI.  
 — (2003/2001), *El oficio de científico*, Barcelona, Anagrama.  
 EAGLETON, Teity (1997/1996), *Las ilusiones del posmodernismo*, Barcelona, Paidós.  
 FEYERABEND, Paul K. (2001/1999), *La conquista de la abundancia*, Barcelona, Paidós.  
 FOSTER, Hal (1998/1983) (Ed.), *La posmodernidad*, Barcelona, Kairós.  
 FOUCAULT, Michel (1999/1970), *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets.  
 Fukuyama, Francis (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, México, Planeta.  
 GARCÍA BLANCO, J.M.<sup>a</sup> y NAVARRO SUSTAETA, P. (2002) (Eds.), *¿Más allá de la modernidad?*, Madrid, CIS.  
 GARCÍA SELGAS, F.J. y MONLEÓN, J.B. (1999) (Eds.), *Retos de la posmodernidad*, Madrid, Trotta.  
 GIDDENS, Anthony, et al. (1991/1985), *Habermas y la modernidad*, Madrid, Cátedra.  
 — (1997/1990), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.  
 HABERMAS, Jürgen (1992/1981), *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus.  
 — (1993/1985), *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus.  
 HARVEY, David (1998/1990), *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu.  
 HORKHEIMER, M. y ADORNO, Th.W. (1997/1947), *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta.  
 HUGHES, Henry Stuart (1972/1958), *Conciencia y sociedad*, Madrid, Aguilar.  
 INGLEHART, Ronald (1999/1997), *Modernización y posmodernización*, Madrid, CIS, Siglo XXI.

- JAMESON, Fredric (1996/1991), *Teoría de la posmodernidad*, Madrid, Trotta.  
 LAMO DE ESPINOSA, Emilio (1990), *La sociedad reflexiva*, Madrid, CIS.  
 — (1996), *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*, Oviedo, Nobel.  
 — (2001), «La sociología del siglo XX», en *REIS*, 96, pp. 21-49.  
 LASH, Scott (1997/1990), *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu.  
 LATOUR, Bruno (1993/1991), *Nunca hemos sido modernos*, Madrid, Debate.  
 LIPOVETSKY, Gilles (1998/1987), *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama.  
 LUHMANN, Niklas (1998), *Observaciones de la modernidad*, Barcelona, Paidós.  
 LYON, David (1996/1994), *Postmodernidad*, Madrid, Alianza.  
 LYOTARD, Jean-François (2000/1979), *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra.  
 MAFFESOLI, Michel (1982/1979), *La violencia totalitaria*, Barcelona, Herder.  
 — (1990/1988), *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.  
 — (1993/1985), *El conocimiento ordinario*, México, FCE.  
 — (1996/1985), *De la orgía*, Barcelona, Ariel.  
 — (1997/1996), *Elogio de la razón sensible*, Barcelona, Paidós.  
 — (2001/2000), *El instante eterno*, Barcelona, Paidós.  
 MANNHEIM, Karl (1987/1929-1936), *Ideología y utopía*, México, FCE.  
 MARDONES, José María (1991), *Postmodernidad y neoconservadurismo*, Estella, EVD.  
 MOYA, Carlos (1992), «Límites de la sociología», en *Claves de Razón Práctica*, 25, pp. 41-47.  
 NÚÑEZ, Felipe (2001), «Postmodernos y antimodernos. La vana opción entre ladrones y asesinos», Universidad Pompeu i Fabra, Cátedra en Cultura Latinoamericana de la UNESCO.  
 PICÓ LÓPEZ, Josep (1988) (Ed.), *Modernidad y posmodernidad*, Madrid, Alianza.  
 RICOEUR, Paul (1989/1986), *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa.  
 — (1999/1965), *Freud. Una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI.  
 RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, José Enrique (1999), *¿Un nuevo malestar en la cultura?*, Madrid, CIS.  
 RORTY, Richard (1989/1979), *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.  
 SOKAL, A. y BRICMONT, J. (1999/1997), *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós.  
 TOURAINE, Alain (1993/1992), *Crítica de la modernidad*, Madrid, Temas de Hoy.  
 VATTIMO, G. y ROVATTI, A. (1990/1983) (Eds.), *El pensamiento débil*, Madrid, Cátedra.  
 — et al. (1994), *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos.  
 — (1997/1985), *El fin de la modernidad*, Barcelona, Gedisa.  
 WAGNER, Peter (1997/1994), *Sociología de la modernidad*, Barcelona, Herder.  
 WELLMER, Albrecht (1992/1985), *Sobre la dialéctica de modernidad y posmodernidad*, Madrid, Visor.